

Arturo Torres Rioseco
Universidad de Texas, Estados Unidos.

Impromptu

ESTE de un metro sesenta,
de complexión dura,
está sembrando laureles
en la sepultura.

Este que no cree en Dios
sino en Nietzsche y Verlaine,
y que tiene de trueno la voz,
es Alberto Guillén.

La literatura no le importa
un grano de anís;
epató rastas de las letras
en Madrid y París.

Y cansado de los caminos
de las tabernas y las ciudades
se fué al Perú a dialogar
con las eternidades.


Ama la rebeldía,
el vino fuerte y la mirra;
ha de sentir un gran desprecio
por Pirra.

Porque de las piedras que tira
este Deucalión,
no sólo nace un hombre
sino un león.

El sabe donde va
y lo que quiere;
hombre que habla tan alto
nunca muere.

Yo brindo por Alberto Guillén
mi espeso vaso.
Que los Chocanos no lo derriben
de su parnaso.

Cuando me muera

UANDO me muera
plantad sobre mi cuerpo
un laurel o una higuera.

Por el laurel
sabré dar a los hombres
sombra, trinos y miel.


Por la higuera
frutos dulces
para cualesquiera.

No queméis mi cuerpo;
dejadlo alegremente
en claro huerto.

No me habréis de remachar
bajo hierro y piedra,
yo quiero dar, dar, dar.

Dadme el placer
de ser gajo húmedo
al amanecer.
Daré a mis amigos
frescor, trinos e higos...

Oh, maravilla

 A altivez de la vela,
la firmeza en la quilla,
y el blancor de la estela:
Oh, maravilla!

El aliento yodado
que trasciende a la orilla,
y este oro derramado:
Oh, maravilla!

La emoción del poeta,
con su alma sencilla
en la tarde violeta:
Oh, maravilla!

Y en esta hora musical
bajo la luna el agua brilla
en un estuche de cristal:
Oh, maravilla!
Oh, maravilla elemental!